

ANTONIO RUNA

LA MATERIA DE LAS SOMBRA



minotauro LABERINTO

ANTONIO RUNA

LA
MATERIA
DE LAS
SOMBRAS

minotauro LABERINTO

La materia de las sombras

© Antonio Runa, 2024

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1680-0

Depósito legal: B. 20.701-2023

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Inscríbete en nuestra *newsletter* en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO 0

LA SEÑORA DE PIEL DE CRUSTÁCEO

La gente que se pasa la vida temiéndose lo peor siempre se queda corta.

Delia observa el anillo con detenimiento, sin saber que será el último vistazo que le eche. Es un anillo precioso, con hebras de oro y plata engarzadas intrincadamente. Es distinguido, la joya de una princesita de cuento como ella. El anillo de compromiso de sus sueños.

Siempre ha sabido que Nicolás tiene buen gusto, un gusto exquisito heredado de sus tíos ricos de Suiza. Acostumbra a decir que se siente más hijo de ellos que de sus propios padres. Tiene corazón de aristócrata. Pero este anillo ha superado sus expectativas. Es perfecto en todos los sentidos.

Se lo quita y se lo vuelve a encajar en el dedo. Está hecho para ella. El objeto la adora, en ninguna otra mano luciría mejor.

—Oh, sí —declama, a viva voz—, por supuesto que quiero.

Repasa el momento en que Nicolás se ha arrodillado, hace apenas un par de horas, en medio de ese lujoso restaurante y, al son de unos músicos con instrumentos de cuerda, le ha

cantado la pedida de matrimonio. ¡Se la ha cantado! ¿Cómo podía ser más romántico? Delia no es capaz de imaginar nada más tierno y seductor.

Todos los presentes aplaudieron y el *maître* les regaló una de las mejores botellas de champán de la casa.

Cree que nada puede arruinar esta felicidad que la embarga. No puede saber lo que está a punto de ocurrir.

Acaba de llamar a sus padres para contarles la noticia. Han estallado de júbilo, obviamente. Quizá para su padre sea un poco precipitado, ya que aún son muy jóvenes, pero no se ha opuesto en modo alguno. Correrá con todos los gastos y no permitirá que la familia de él se lo discuta.

Ahora ella piensa llamar a todas sus amigas y estar dos o tres horas hablando, de una en una, repasando los detalles una y otra vez. Este momento hay que disfrutarlo al máximo y piensa...

Unos golpecitos suenan en la ventana.

Se extraña un tanto y no le da importancia, aunque los sonidos contra el cristal vuelven a llamar su atención. Se parece al del granizo, sin ser del todo igual. Se diría que alguien estuviera arrojando puñados de arena a la ventana. Es imposible, claro, es un séptimo piso y la fachada del edificio más cercano está a demasiada distancia.

Delia se encaja el anillo en el dedo y se levanta de la cama, aproximándose a la ventana con los sentidos alerta. Piensa que podrían ser imaginaciones suyas. Pobre.

Aparta la cortina y la ve. Es una figura, la de una mujer, vestida con bata de hospital. Está allí, a una docena de metros, caminando por la extensión de hierba que alcanza todo lo que abarca la vista. Delia se siente mareada y confundida. Una aguda migraña, punzante y localizada en una de sus sienes, le embota la mente.

Ella vive en la ciudad y, aunque el paisaje a ras de su casa es a todas luces campestre y ni siquiera coincide con la hora del día, lo acepta. El zumbido de su cerebro embrolla toda forma de percepción hasta el punto de no reparar en lo evidente. Se

diría que su ventana es la de una casa rural, de una sola planta, en un valle de ensueño, agitado por una suave brisa y con un cielo azul dibujado con nubes de algodón que forman gratas figuras.

—Necesito tu ayuda, cariño —le dice la mujer.

Delia se fija en su piel, piel rugosa y de aspecto endurecido. Piel de crustáceo. Un exoesqueleto de quitina con la forma de un cuerpo humano de mujer que, por extrañamiento que parezca, parece debilitada o enferma. De las partes blandas de las articulaciones, de color amarillento, se vierten hilillos de una secreción nauseabunda. Las cuencas no tienen párpado, y los ojos miran con una intensidad turbadora.

—Dame la mano —suplica la señora— o algo terrible me pasará.

—Yo... no puedo...

—Mis hijos me han abandonado. No tengo a nadie. Podría morirme. Y tú no quieres que me muera, ¿verdad?

La ventana se abre por sí sola y el rumor del tráfico de la noche urbanita, muy activo en fin de semana, llega a sus oídos. Puede sentir el viento agitando su camisón. Nada de ello coincide con la imagen que tiene delante. Esa realidad se superpone a cualquier otra.

La señora de piel de crustáceo necesita ayuda. ¿Por qué no concederle un mínimo de caridad, cuando ella goza de una felicidad tan desbordante?

Va a casarse, tendrá una vida plena junto a su amado, un auténtico príncipe azul. En su cabeza se empiezan a formar sentimientos de culpa. ¿Quién es ella para merecer tanto mientras esa pobre mujer no es atendida ni por sus hijos? Los momentos de júbilo hay que compartirlos. Amor recibido por amor entregado. Transmitido a quien lo necesite.

Delia cuida profesionalmente de ancianos. ¿Acaso no va a prestarle el mismo auxilio a esta pobre mujer, infinitamente más desdichada?

La señora le hace una indicación de que vaya con ella. Delia solo puede negar con la cabeza. Alguna parte de su sub-

consciente lucha contra la sinrazón. Perdiendo la batalla por momentos.

La mujer se vence sobre sus rodillas, como si ya no le quedaran más fuerzas, y cae de lado. Una vez desplomada, sus extremidades se agitan. Su espalda oscila sobre el suelo, intentando darse la vuelta sin conseguirlo. La bata del hospital no puede cubrir sus partes íntimas. A Delia le parece la imagen más penosa que ha visto en su vida. La voz de la señora de piel de crustáceo suena rota y lastimera, ligeramente chirriante.

—No tengo a nadie. No le importo a nadie.

—No. Señora, no.

—Soy un estorbo en este mundo.

—Espere, yo...

Delia se sube al alféizar, dispuesta a saltar desde allí al prado de hierba y correr hasta la señora, para auxiliarla, conducirla hasta una clínica. Cualquier cosa que...

La ilusión se desvanece en el momento en que está a punto de depositar un pie sobre el suelo. La ciudad invertida se mueve a su alrededor, un mundo de acero y cristal cuyo techo es el asfalto y una hilera de coches aparcados. Las plantas inferiores del edificio pasan a su lado a toda velocidad. La acera de la calle donde vive se aproxima. Todavía puede escuchar el lamento de la señora, un lloriqueo patético que aumenta de volumen a medida que Delia se precipita contra los adoquines que la destrozarán. Se teme lo peor durante un latido de su corazón.

Lo último que le llega a los oídos es el susurro de la señora sin párpados y extraña piel. Ya no suena lastimera, sino esperanzada.

—Te espero, cariño. Ahora te vas a quedar conmigo.

Cuando todo se vuelve negro, Delia tiene un pensamiento alentador. La encontrarán con su delicioso anillo puesto en el dedo.

CAPÍTULO 1

ELEGIDO, ¿PARA QUÉ?

Es una sensación nueva. Una sensación de reinicio, incluso de origen, *el primer día del resto de tu vida*. Lo aceptaría tal cual. Huele a eso, se siente igual. De no ser por lo terriblemente manida que es la frase, la pronunciaría en voz alta. Sería un salmo, una demostración de fe.

Con el viejo Cherokee avanzando al límite de la velocidad permitida, de camino a un nuevo caso, aceptado como si fuera una misión. Elegidos para la tarea. Casi se pueden escuchar en mi cabeza otras expresiones tan trilladas como la anterior: *Es un trabajo duro, pero alguien ha de hacerlo. Hemos nacido para esto. Una tarea a nuestra medida*. César Baggio es un amigo de confianza, la clase de amigo a la que no le dices que quite de una vez esa lista musical recopilatoria de Hans Zimmer seleccionada por él mismo. No hay temas trepidantes ni machacones, solo cortes melódicos y algo ostentosos y, nunca lo hubiera creído, hasta la impresionante voz de Lisa Gerrard se te puede atragantar si es lo único que oyes durante casi setenta kilómetros. No obstante, para César todo esto es parecido a ser Robert Duvall con sombrero confederado, descamisado y oliendo a napalm por la

mañana. Olor a victoria y todo eso. Para él no hay nada más excitante que ir de camino a una nueva investigación paranormal, conmigo a su lado, en un caso bien calentito. Recién salido del horno, de hecho.

En la pantalla de reproducción del salpicadero se especifica que el tema que está taladrándome los oídos se titula *Injection* y forma parte de la banda sonora de la escandalosamente mal documentada segunda parte de *Misión imposible*.

—¿Puedes bajar eso?

—¿Cómo?

—Que bajes eso. ¡Que lo bajes! ¡Sonido, bajar, volumen, por favor! —resoplo con alivio cuando por fin me hace caso—. Gracias, en serio.

—Pensaba que te gustab...

—Ya no. Ha dejado de gustarme. ¿Podemos hablar? ¿Te importaría mucho? Sin música ni nada, solo charlar. Te lo agradecería.

—Por supuesto —consiente él—. Isaac Zarco, de profesión: estar cabreado todo el día. Deberías abrirte una cuenta en Twitter. Te encantaría. Créeme.

Es cierto que las redes sociales y yo no somos muy amigos. Aparezco por allí muy de cuando en cuando. Sí que poseo una cuenta de Twitter, aunque la tengo algo más que olvidada. No fue siempre así. Recuerdo cuando la usaba casi a diario, actualizándola con esmero cada tres o cuatro horas, en los tiempos en que era colaborador asiduo de las revistas *Siglo 100* y *Misterios*. Entonces me tomaba muy en serio la divulgación de la parapsicología. Totalmente entregado a la causa. Yo procuraba estar en todas partes, Facebook, Tuenti (qué época); me gustaba promocionarme. Era la década de los 2010 y estos asuntos estaban de moda. Yo me encontraba justo en el paralelo cero de ser investigador y divulgador a partes iguales. En este mundillo del periodismo de investigación paranormal se elige entre una cosa u otra. Mucha gente juega puntualmente a ser ambas, pero todo el mundo sabe que hay que significarse en uno de esos bandos irreconciliables. Yo no.

En fin, eran otros tiempos. Y todo parece indicar que están prestos a volver. Con mucha fuerza.

—¿Ha sido idea de Marla? —le pregunto.

—¿Lo de la *app*? No, ha sido idea mía. ¿Qué pasa, no puedo tener ideas brillantes?

—¿Idea brillante? ¿Una *app* llamada *Teléfono Rojo de Atención Paranormal*?

—¿Por qué no, Isaac? Siempre llegamos tarde al caso, cuando los efectos han disminuido, cuando ya no pasa nada. Es el momento en que los testigos no aguantan más y por fin se atreven a contar a alguien que están sufriendo fenómenos extraños. Y suele ser en la recta final del suceso. Siempre me pregunté si había alguna manera de llegar a esas manifestaciones en el momento oportuno, *in fraganti*. Ya sabes, tener un número de emergencias semejante al que tiene la policía. «Han entrado en mi casa», «mi vecino está haciendo mucho ruido». Esas cosas.

—Teléfono Rojo de Atención Paranormal. ¿Sabes lo que significa TRAP en inglés?

César abre los ojos como platos.

—Joder.

—No te habías dado cuenta.

—¡No! —Lo medita durante unos segundos, paladeándolo con amargura—. Estuve a punto de sustituir Atención por Emergencias, pero pensé que también podía ser una *app* de información. La usará más gente si, además de pedir ayuda, pueden asesorarse. «Hola, quiero grabar psicofonías, ¿qué equipo es el más recomendado?». TRAP. Genial. Bueno, ya no tiene remedio. Y tampoco es para tanto, no es más que una especie de chiste privado.

—De privado, nada. ¿No has notado cómo la gente reprimía carcajadas en las redacciones de las revistas cuando lo contaste? Porque seguro que fue así.

César se agarra al volante del mismo modo que un estrangulador. Sus labios se fruncen hasta que las comisuras se le ponen amarillentas.

—¡No fue así!

—¿Seguro? Porque me estoy imaginando a Leandro Mánver tronchándose de risa en cuanto te das la vuelta. TRAP. La *app* de emergencias paranormales. Seguro que ya hay por ahí memes del almirante Ackbar diciendo aquello de «es una trampa». Y lo es, César, te has metido en un foso bien profundo.

Él señala al frente, a la autovía medio vacía que recorremos, ahora sí, a velocidad de multa.

—Está funcionando, ¿no? La gente ha empezado a usarla. Conectas la *app* y rellenas un brevísimo formulario. Es muy intuitivo, y el diseño es elegante. A mí me llega la señal al móvil y puedo empezar a chatear enseguida con la persona afectada. Hay que aplicar algunos filtros, por supuesto, y si el caso parece interesante, ya lo ves, nos ponemos en marcha. Es una idea cojonuda. No sé cómo no se le ocurrió a nadie antes. Estamos a punto de llegar a una propiedad privada donde están produciéndose manifestaciones potentes. No veo que lo del nombre sea un problema.

Por lo que César ya me ha contado, se trata de un caso típico de adolescentes que juegan a la *ouija* buscando un subidón de adrenalina. Luego pasa algo inesperado y todo el mundo se asusta. El rival más débil entra en *shock* y da comienzo el auténtico problema. Niños en tratamiento psiquiátrico, intentos de suicidio, quién sabe. En realidad, esas son las consecuencias más extremas. Lo normal es que los jóvenes se amedrenten durante unos días, prometan no volver a hacerlo y queden libres para hacer el gilipollas con cualquier otra cosa, puede que engancharse en marcha al espacio entre vagones del metro o hacerse selfis en el borde de un acantilado.

Aún no sufro ninguna crisis de los cuarenta, pero hablo y pienso como un padre. En cuanto me paro a pensarlo, me doy un poco de vergüenza. Yo mismo pasé por todo eso. ¿*Ouija*? La probé con quince años. Soy idiota, por supuesto. Es la edad de serlo. Todo el mundo pasa por allí, con el mismo derecho a aprender de la vida a prueba de ensayo y error. La mejor ma-

nera de aprender. Quien no prueba ciertas cosas a esas edades lo anhelará a los cincuenta y será mucho peor.

—¿Cuántos niños son? —Lo pregunto con indiferencia, mientras subo un tanto la potencia del aire acondicionado.

—Tienen trece años, los mayores. Son cuatro. Y luego está el quinto, el hermano menor, con diez años, según ellos mismos han especificado en el formulario de la aplicación. Han preguntado en el chat si era necesario que sus padres se enteraran.

—¿Y qué has respondido?

—He dicho que los usuarios son ellos. Los clientes, y el cliente decide. Y que podemos ser discretos si puntúan con cinco estrellas la *app*. —Se gira hacia mí para guiñarme un ojo—. Han accedido.

—Y el resto, ¿lo hacemos gratis?

César me vuelve a mirar, esta vez con el ceño bien fruncido. Devuelve la vista a la carretera moviendo los hombros con aparatosidad.

—Claro que lo hacemos gratis. Qué demonios, sí. ¿No lo hemos hecho todo gratis desde siempre? Puede que algún día metamos publicidad en la aplicación, incluso que haya una versión *premium*; sin embargo, tío, ahora ha de ser todo gratis. —Niega con la cabeza no dando crédito a lo que oye—. Yo pensaba que un buen médium estaba en la obligación moral de ofrecer sus servicios gratis. Estaba asumido. ¿Vas a empezar a cobrar ahora?

—Yo no he dicho nada. Todo esto lo has organizado tú. Quería tener todos los detalles de primera mano.

En efecto, nunca he cobrado por hacer labores de médium. Y eso es lo que soy. *Paragnosta*, como les gusta decir a los practicantes de la fe espiritista. Llevo siéndolo toda la vida, y jamás se me ha pasado por la cabeza pedirle dinero a nadie. Un valor añadido, esto de ver y poder comunicarse con los difuntos, en el currículum de un parapsicólogo. Aunque solo sea parapsicólogo de vocación.

Mi abuela, mi padre, probablemente más de nuestros ancestros de los que yo no he tenido conocimiento hasta la fe-

cha tenían también esta especie de don, habría quien diría de *maldición*. De mi padre heredé lo mejor y no poco de lo peor. Murió en su día, faltando a su promesa de presentarse desde el más allá para decirme cómo le iba. Era nuestro pacto. Llevo viendo espíritus de desconocidos que no me importaban lo más mínimo desde que llegué a la pubertad; y, cuando por fin podía sacarle algún rédito a esta habilidad superhumana, resulta que el único fantasma con el que deseaba contactar ni siquiera se presenta. Ni para decirme que no tiene tiempo que perder, que tiene otras responsabilidades, que no puede desvelarme ningún enigma de la otra vida porque es un gran secreto. Sencillamente, mi padre hizo *pop* y luego se desvaneció sin más. Incluso traté de invocarle. Nada de nada.

Me sentí estafado. Entré en una especie de crisis. Enfadado con el misterio. De repente, todo me parecía mentira. Fraudes y malinterpretaciones. No había más allá, solo gente que necesitaba creer que la muerte no suponía el fin.

Empero, hay más allá. Ahora lo sé. No tiene reglas claras, no funciona igual para cada persona que deja esta vida. Está ahí, entrettejido con nuestra realidad, con amenazas terribles, aunque inferiores frecuentemente a las que alberga nuestro propio mundo.

Yo las he visto.

Las amenazas de esa otra realidad y las de esta.

Vuelvo al aquí y ahora en cuanto un mínimo detalle sobrevuela mi mente.

—César, ¿quién es tu socio con lo de la aplicación?

—¿Qué?

—Acabo de caer. Has hablado en plural cuando has dicho eso de «haremos una versión premium». Y debo confesar que la *app* está muy bien hecha.

—Ya veo. ¿Insinúas que yo soy incapaz de hacerla en condiciones? ¿Es eso?

—Lo has dicho tú, no yo. Y no conoces a nadie que se dedique a este tipo de cosas. Profesionalmente, al menos. TRAP tiene muy buen diseño, me asombra su funcionalidad, es así.

La aplicación es un tiro, aunque esté por comprobarse si es o no una buena idea. Así que, o bien has contratado a un técnico experimentado, gastándote un pastón, o...

—He conocido a alguien.

Me lo temía. César no es la clase de persona que se conforma con tener un montón de contactos. Es alguien que conoce gente, y sus amistades no paran de crecer nunca. Lo que ocurre es que la frase *he conocido a alguien*, en su caso, siempre suele implicar... algo más.

—Alguien, ¿eh? ¿Tiene nombre ese alguien? ¿Te acuestas con ese alguien?

—Sí y sí.

—Pensaba que lo tuyo con Marla empezaba a remontar.

—No sé por qué pensabas eso. Marla es una buena amiga. Nos llevamos muy bien y nos ofrecemos refugio cuando no tenemos a nadie más. Nunca ha sido mi novia y el simple hecho...

—Este mismo verano os habéis ido de vacaciones juntos. Solos los dos.

César regula el aire acondicionado del vehículo hasta dejarlo igual que estaba antes de que yo lo subiera.

—Dos buenos amigos yéndose de vacaciones, en efecto. ¿Cuál es el problema? Yo tengo demasiado amor en el cuerpo, ¿de acuerdo? Tú ves cómo Bárbara corta contigo y eres incapaz de explorar o de buscarte otro tipo de relación que no sea absoluta y decididamente vainilla. Y yo me planteé bastante pronto qué se cocía en la olla de al lado. —Se le ve muy ensimismado en esos placeres no precisamente culinarios—. Y hoy soy tornillo, mañana tuerca. Todo depende. No soy una persona fácil de clasificar, Isaac.

—Vale, todo eso de que eres más Lawrence Olivier que Tony Curtis. Caracoles y ostras. Lo has repetido un millón de veces.

—Es verdad. Puedes ser vegetariano, si ese es tu deseo, pero no señales con el dedo a los omnívoros.

—Nadie te ha reprochado nada. Es un tío, ¿no? Es eso lo que me estás diciendo, tu nuevo amiguito es un tío.

—¿Estás... hurgando en mi cabeza?

—Para nada. Lo estás dejando meridianamente claro.

César da un par de palmadas a la palanca del cambio automático y varía la modalidad de conducción tipo *sport* por otra más prudente. Las instrucciones sonoras de navegación le indican el desvío que debe tomar para introducirnos en una carretera comarcal donde encontraremos muchas curvas cerradas y una elevación digna de consideración. Un camino peliagudo para recorrer de noche, por lo que habrá que darse prisa en volver. Que no nos sorprenda el crepúsculo.

Según la ruta marcada, separados por solo un puñado de kilómetros, encontraremos un par de pueblos que atravesaremos por su avenida principal, antes de llegar al que nos interesa. Un recorrido típico por la sierra de las afueras de Madrid.

—Se llama Marco —dice al fin—. Es informático.

—Me parece bien.

—No sé cómo de serio va a ser esto.

—¿Marco?

—Sí.

Me echo las manos a la cabeza y me incorporo un tanto para mirar a los ojos de mi acompañante.

—¿Primero TRAP... y ahora Marco?

—Sí... ¿Qué pasa?

No puedo más. Suelto una risa, entre nerviosa e histérica. Me controlo enseguida, no quiero humillarle. Aunque lo pida a gritos y parezca que coloca una fusta en mis manos cada vez que habla, no quiero vejar más de lo necesario a mi amigo.

Con todo... Demonios, me lo sirve en bandeja.

—¿Os buscaréis una *follamiga* que se llame Cleopatra?

—No —responde él, sin pensar ni un poquito—. Marco es gay del todo. Sería incapaz de... ¡Mierda!

Debe de ser el día de las revelaciones bochornosas para César. A él le falta un Julio delante del nombre de pila, y a su nuevo novio un Antonio al final, pero el chiste es demasiado jugoso y no se debería desaprovechar. Percatarse en menos de cinco

minutos de que eres objeto del cachondeo de toda la escena del periodismo de misterio de este país desanimaría a cualquiera.

—Lo sabe todo el mundo —sospecho—, ¿no?

—Lo he hablado con Manrique Franzoni.

—O sea, que lo sabe todo el mundo.

—Supongo que sí.

—Menudo Rubicón.

—¡Vaya, hoy estás inspirado!

—Perdona, no hace falta que te pongas así. No es para tanto. Tú a lo tuyo, la suerte está echada.

—Ja, ja, me parto de risa. Mira, ja, ja.

Con un ademán furioso pone de nuevo a Hans Zimmer a todo volumen. Esos momentos bucólicos de la música de *Gladiator* ahora se me antojan tortura inquisitorial de primer curso. César Baggio Torquemada.

Al cabo de un kilómetro o así, hasta sus tímpanos deben de estar resintiéndose de este arrebatado de orgullo y baja el volumen con desgana fingida. No decimos nada hasta que...

«Ha llegado a su destino», interviene la voz electrónica del GPS. Por alguna razón, la ha configurado para que tenga voz masculina. Lo que no es habitual.

César por fin se acaba riendo. Amargamente, pero se ríe. Mira la pantalla de navegación y entona con voz de teatro:

—Tú también, Bruto, hijo mío.

Le tengo que reír el chiste. Al final, adoro a este ingenuo, generoso y particular compinche de aventuras. No me iría de investigación con nadie más. Entiendo que tenga suerte en las relaciones personales. Es un tesoro de persona.

Ahora es el momento de ponerse serios.

Es un centro de enseñanza primaria y secundaria. Está cerrado, al ser fin de semana. Tiene la típica pista de baloncesto sobre cemento, jardines un poco deteriorados y, a través de las ventanas de la fachada, pueden verse aulas vacías de paredes blancas e inmaculadas, previsiblemente deprimentes.

El grupo de chicos está esperándonos en la puerta de acceso, cerrada también.

—Deben de ser ellos —dice César—. ¿Podrías activar tu *modo médium*?

Él sabe de sobra que no funciona así. Yo mismo se lo he detallado varias veces. La percepción extrasensorial, al menos en mi caso, no es un botón que se acciona y enciende o apaga la facultad mediúmnica. Está ahí todo el tiempo. El *modo médium*, así le gusta a César llamarlo, es más bien un tipo de conducta. Un investigador normal y corriente se puede comportar de mil formas, si así lo quiere, y no afecta a la visión del profano. Un médium, en cambio, debe adoptar un lenguaje corporal y una forma de pronunciarse sobre la materia en cuestión, *típicamente médium*. Porque eso es lo que la gente espera, un individuo distante, singular y fatuo, que habla siempre lenta y afectadamente. Una especie de elfo de Tolkien. Si no, siempre nos da la sensación de que no se lo toman en serio.

César carraspea sonoramente.

—Y, ya puestos —dice, mirándose las rodillas—, ¿podrías activar el otro modo?

No. No debería. Hay un código. La otra modalidad de psiquismo conlleva rebasar líneas rojas. No puedo abusar de ese poder. Porque ya no es una técnica sensitiva, es poder. Y no solo es famoso ese dicho del poder y la corrupción; además, es cierto. Y este poder mío... empieza a estar muy cerca de ser absoluto.

Hablo de telepatía. La facultad para leer mentes, hurgar en ellas, trastocarlas, explorar tanto el pensamiento superficial como la memoria más profunda. Y, llegados a cierto nivel, se puede hacer más. Mucho más.

Yo he llegado a ese nivel.

Debo tener cuidado. Requiere concentración llevar la habilidad demasiado lejos, si bien cada vez me cuesta menos esfuerzo. Y sí, quizá yo sea especial por mis habilidades sobrehumanas, excesivamente especial, habría que añadir, pero aún más porque me exijo un condicionamiento ético al respecto.

Me lo tengo que repetir un millón de veces cada día. Porque es demasiado fácil emplear esa capacidad. Y atrae, atrae de veras. Un agujero negro.

A pesar de esto, cada cosa a su tiempo.

Hay algo que urge más que nada. Un detalle a simple vista, solo para mis ojos.

—No están solos.

—¿Qué?

—Un adherido. A ese grupo de jóvenes... se les ha pegado un espíritu.

~

La situación ya es chocante de por sí. Ahora mismo estamos dentro de una de esas aulas que vi desde el exterior, cada uno sentado en una silla con una mesa horizontal incorporada al brazo derecho. Nos hemos colocado en círculo, en la línea de una reunión de alcohólicos anónimos. A mi espalda ha quedado la pizarra, con un único mensaje escrito a tiza: «Procrastinar: la primera acción que conduce al fracaso».

Menudas figuras. Tienen trece años y todos están llamados a ser problemáticos. No podían quedar con nosotros en un lugar público o alguien podría verlos y cuestionarse qué estaba pasando. Un pueblo pequeño, se conoce casi todo el mundo. Tampoco podríamos hablar con ellos en alguna de sus casas, con algún padre rondando por el lugar o surgiendo en el momento menos oportuno. Ellos insistieron en que ningún adulto de su círculo personal podía enterarse de lo sucedido. Así que el jefecillo, Rubén, con media melena muy revuelta y una camiseta negra de un grupo *black metal*, cuyo logotipo parecía simular las raíces de un árbol (y, por supuesto, ilegible), sacó una copia de la llave de la puerta y nos invitó a seguirlos al interior del centro. Había robado las llaves del colegio y se había hecho una copia para uso privado antes de devolverlas. La dirección no tenía contratado ningún servicio de seguridad, ni humano ni digital. Y aquí, el colega, alquila

sus copias de las llaves de acceso a las parejas de adolescentes mayores que buscan intimidad. El sitio se ha convertido en una especie de motel secreto para *fumetas*, salidos y, este caso así lo confirma, turistas del espiritismo.

Rubén es quien nos ha contado que la *ouija* de madera y su correspondiente *planchette* las tomó prestadas de su hermano mayor, que debe de ser el protagonista potencial del *remake* de *Perros callejeros*, a juzgar por ciertos detalles que nos ha contado. Según él, su hermano sí que sabe de estos temas, porque ha hecho invocaciones, misas negras y otras hazañas de ese estilo. Un campeón. Si no le ha pedido ayuda a él, es porque seguramente le daría una paliza por haberse metido en aquello y por algún otro motivo fácil de imaginar. Rubén es quien ha convencido a los demás.

El grupo no me parece demasiado unido. Deben de estar realizando algún encargo juntos, una tarea social impuesta por el profesor de turno; si no, me extraña que este cuarteto se haya juntado por elección propia. Las niñas son radicalmente diferentes a ellos, por vestimenta, actitud, probablemente notas, formas de pensar...

En cuanto el proyecto escolar finalice, se separarán sin remedio.

Por lo que se puede dilucidar de su historia, las chicas no querían participar activamente en el juego, solo estar presentes, y cuando Rubén les hizo ver que estar implicaba participar, accedieron a regañadientes. El plan iba más allá de las típicas preguntas del orden de «con quién voy a casarme» o «cuándo y cómo voy a morir». Según Rubén, asesorado por su hermano, las entidades del denominado Bajo Astral están más predispuestas a manifestarse en una sesión espírita. Los espíritus de difuntos son más difíciles de invocar. Así que allí nadie iba a hablar con su abuela o con el tío difunto de turno. Iban a contactar con demonios o algo parecido y pedirles favores o información verdaderamente útil. No podían mentir, según el niño listillo, aunque podían adornar la verdad con detalles que, a la larga, serían nocivos. Él estaba dispuesto a

comandar la sesión, se veía capaz de discernir entre la verdad pura y los adornos. Sabía lo que hacía y había empezado a leer un libro de Yago Blázquez. Nos cuenta todo aquello igual que si fuera a irse a cazar tiburones blancos a pleno pulmón con un cuchillo entre los dientes.

Según nos narran, la sesión comenzó y, es lo más frecuente, allí no sucedió nada durante un tiempo. Después la *planchette* empezó a dar vueltas y vueltas cada vez más deprisa, hasta que algunos retiraron el dedo y las velas se apagaron. En la oscuridad, todos se pusieron a gritar de puro pánico, encendieron sus teléfonos móviles para iluminar la zona y vieron al pequeño Cogote (así le llaman), de diez años, sufriendo sacudidas en el suelo y soltando espumarajos.

No hubo comunicación, no hubo verdades maquilladas por seres del inframundo, solo una madera que no paraba de girar a toda velocidad, el susto de muerte de que la luz se apagara de improviso y un crío que a saber qué pintaba en todo esto teniendo un ataque convulsivo sin ser epiléptico.

Después lo sacaron a la calle, cerraron el colegio con llave, llamaron a una ambulancia y se inventaron la versión de que, sin motivo aparente, el niño se cayó al suelo en mitad de la calle y empezó a retorcerse mientras caminaban de regreso a sus casas.

Una irresponsabilidad propia de la edad. Y a veces se pagan caras. Al parecer, en esta ocasión, la cosa quedó en un susto. Cuando César y yo nos preocupamos por el tal Cogote, nos dicen que ya se encuentra bien, aunque estará un par de días en casa, sin salir.

Más o menos, esta es la versión resumida, sin aditamentos ni el argot y las apreciaciones soberbias de un chaval que no tiene ni puta idea, aunque piense lo contrario. Y aquí estamos, con Rubén, que habla mucho, para desgracia de todo el mundo; con su esbirro inseparable, que asiente a todo lo que dice y le escucha arrebatado (José, creo que se llama. Él sabrá), y las dos niñas. Tenemos a la chica asustada, Sarita, temerosa de las represalias parentales si la noticia acaba llegando a casa,

que no creo sirva de ayuda. Apenas interviene en la concreción de la historia y, de los presentes, parece la más afectada. No volverá a hacer espiritismo en la vida. Bien. Y luego está la chica valiente, Marina, bastante tranquila y poco participativa. Mira a los ojos y juzga con decisión.

Y por mucho que el rol de cabecilla lo represente Rubén, es Marina la que manda aquí.

Mientras César acribilla a preguntas a Rubén acerca de los procedimientos de la sesión, el discurso de invocación previo y las posibles manifestaciones posteriores a la experiencia, yo atravieso con la mirada a Marina. Y ella me ignora, pero sé que es consciente de que la estoy mirando. Y ya que no tengo todo el día, tendrá que jugar a mi juego. He de suponer que su campo de visión es más que suficiente para encuadrarme en él. Me tendrá encuadrado en una esquina, difuminado, si bien no pierde detalle. Persiste en seguir con las pupilas el curso de la conversación. César, Rubén, César, Rubén. En su inexpresividad hay un cierto deje de satisfacción. No es que esté sonriendo, aunque casi lo está haciendo. Más sutil que la Gioconda, con cierto aire de superioridad. Sin duda más adulta de lo que parece.

Y luego está la presencia, claro, al fondo del aula. El espíritu adherido. En un rincón. Cerca de los percheros y ligeramente encorvada. Una chica con ese tono de piel grisáceo común a casi todos los espíritus que se quieren mostrar sin ocultar su estado, y que acerca a todas las etnias a una única paleta de color de piel. El de la muerte.

Nadie repara en ella, por razones obvias. Y cuando yo la he mirado a los ojos en dos ocasiones muy fugaces ha agachado la cabeza, quizá avergonzada, puede que temerosa. Quién sabe en qué estará pensando.

Yo podría averiguarlo. Podría. Decido dejarlo para más tarde. Vamos a ir despacio con este asunto.

César sigue enfrascado en sus disquisiciones ceremoniosas.

—¿Habéis tenido pesadillas relacionadas con el caso?— dice, mirándolos a todos—. Según decís, esto ocurrió antes de ayer. Habéis tenido tiempo para soñar... cosas raras.

Mientras todo el grupo parece intentar recordar, decido intervenir.

—César.

—¿Sí?

—¿Me dejas a mí ahora?

Él se repantinga en su silla y apoya la libreta de notas y el teléfono sobre la mesita incorporada.

—Tuyos.

No he dejado de mirar ni un segundo a Marina. Ella quiere seguir rechazando el contacto visual.

—Has sido tú, ¿verdad? —afirmo—. Todo esto ha sido idea tuya.

Ella no reacciona. Sus pupilas se han dilatado y los párpados se han abierto un poco más. En sus mejillas he podido advertir cómo ha reajustado y apretado las mandíbulas. Procura aparentar que no está tensa. Fracasa de plano. Creo que no se esperaba esto. Ella debe de saber que César habla mucho más que yo, pero el que resuelve los casos es un servidor. Tiene pinta de ser una chica muy lista.

—¿Eh, Marina? ¿Qué dices? Eras tú la que quería hacer *ouija*.

—Eh, viejo —interviene Rubén—, fui yo el que tuvo la ocurrencia. ¿Es que no me habéis escuchado? Yo aporté el tablero *ouija*, yo aporté el conocimiento y...

Le enseño un simple dedo. El chico murmura el final de su frase. Nadie le entiende. Dentro de dos segundos se sentirá ultrajado y querrá impresionar a su limitada parroquia.

Es el momento de hacer una demostración telepática.

Meterme en su mente es un juego. Depositar ahí dentro el mensaje se parece a susurrar, pero no al oído, sino dentro del propio cráneo.

[*¿Te importaría callarte un ratito?*]

El chico se extraña visiblemente. Observa el techo de la habitación y luego el pasillo.

—¿Habéis oído eso?

[*Un minuto de silencio*]

Se pone en pie tan bruscamente que desplaza la silla unos centímetros hacia atrás, produciendo un chirrido estridente. Se vuelve hacia un lado y luego hacia el otro.

—¿No lo oís? —Se acerca a su secuaz y lo agarra del cuello de la camisa—. ¿Lo has oído?

El otro adolescente se encoge de hombros. Le gustaría decir que sí, que por supuesto, pero no sabe de qué está hablando.

—Un segundo de silencio —continúa Rubén—, es lo que ha dicho: un segundo de silencio. ¿Qué pasa, que me estoy volviendo loco o qué? ¡Responded!

Yo también me levanto y le enseño las palmas de las manos.

—Tranquilízate, ¿quieres?

—¡De eso nada! Estoy oyendo voces.

—No es para tanto —me aproximo a él, haciéndole creer que estoy dispuesto a tocarle y conducirlo a la silla, aunque no tengo la menor intención de rozarle siquiera—. Venga, siéntate.

—Aléjate, ¿vale, tío? Ya me siento. He oído una voz y no me lo estoy imaginando.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Ahora me das la razón como si estuviera loco. Se suponía que ibais a venir aquí para echarnos una mano.

—No estás loco, Rubén. La voz no ha dicho un segundo de silencio, ha dicho un minuto.

Los ojos del chico parecen querer salirse de sus órbitas. El aula, el colegio entero contiene la respiración.

—Has... sido tú... —Rubén lo susurra con temor reverencial.

[Y deja de tutearme] [Tengo edad para ser tu padre]

—Hasidousted.

Casi es un escupitajo, más que una frase.

Me quedo solo en el centro del círculo de sillas. Con los hombros echados hacia atrás y pose de póster de héroe de cómic. Hora de una orden mental.

[No volverás a hablar hasta que se te pregunte]

El mensaje proyectado suena igual que una voz corriente. El cerebro la recibe y transforma la información simulando

que le llega desde los tímpanos. Se parece bastante a eso. Las primeras veces que oyes un mensaje telepático no se distingue de la voz hablada. Luego aprecias el matiz imperante, que el sonido no viene de ninguna parte. Nace en tu cabeza.

Pero esto es una orden mental, sustancialmente diferente, y es pura estridencia. Llega a cada neurona del cerebro. Es un desquiciado gritándote con un megáfono dentro de la cavidad craneal. Hace falta una fuerza de voluntad inmensa para resistirse. Una orden mental es una cosa muy seria.

Funciona mejor si lo haces dos veces.

[Dilo]

—No volveré a hablar hasta que se me pregunte.

Nuestro joven *blackmetalero* se agarra a los brazos de la silla, aparentando quedarse pegado a la madera. Su temor reverencial acaba de convertirse en puro horror cósmico.

Lamento tener que admitir que disfruto mucho con esto.

Si la cosa acabara aquí, ya sería un tipo de poder embriagador y peligroso, pero, cuando controlas estas facetas de la mente, puedes llegar más lejos. Los sueños lúcidos y las proyecciones mentales entran dentro del *pack*. Los ataques psicóticos de onda..., en fin, son varias cosas.

Contemplo el brillo de emoción en los ojos de César. Le encantan estas cosas. Le merece la pena mantenerme en el banquillo todo el tiempo, solo para ver cómo me luzco cuando llega el momento. No sabe con certeza qué ha ocurrido, únicamente sabe que mi mente es parecida a una bola de demolición y que la he usado con el chico.

Aunque el resto del grupo de estudiantes no entiende nada.

Agarro mi silla del respaldo y la arrastro (aprovechando que sé que hace un ruido infernal) y la coloco enfrente de Marina, a la distancia mínima para que cuando me siente nuestras rodillas no se toquen por poco. Sabiendo que daré la espalda a todos los presentes, lo que propiciará un efecto mucho mayor. Luego me siento en ella y, por primera vez, Marina y yo intercambiamos miradas. Sostiene la mía sin amilanarse.

Yo quería que jugáramos a esto y eso es lo que estamos haciendo. Lo que viene ahora es ver quién aparta primero la vista, dos coches que se lanzan de frente con el acelerador pisado a fondo. La idea es no decir nada. Que sienta la incomodidad, segundo a segundo. Que se ponga nerviosa. Una vez que hayamos entrado en esa dinámica ella no podrá...

—De acuerdo —dice ella—, es usted impresionante, ¿qué quiere?

Me arruina el momento desafío. Se ve que vamos a ir al grano.

—Tú le has convencido a él para hacer *ouija*. Querías hacer *ouija* y él te ha proporcionado todo lo demás. Se puso al mando y lo hizo todo más fácil.

—No sé qué dice usted.

—Sí que lo sabes. Debes de haberle manipulado muy bien para que se implique tanto. Está convencido de que ha tenido el bastón de mando en todo momento. Le has dejado hacer. En algún momento, con el tema ya bastante avanzando, supongo que sabiendo que se puede hacer y que la *ouija* funciona..., te colocarías al frente de las comunicaciones.

—No sé para qué. No tiene sentido nada de lo que dice, señor.

—Ella está ahí detrás, Marina. Con el antebrazo pegado al cuerpo. Entiendo que para ocultar la herida. —Levanto la vista para ver por encima del hombro de la chica—. Y ha empezado a acercarse. Sabe que hablamos sobre ella. ¿Quién es? ¿Es la hermana de Cogote, el niño de diez años? ¿Qué tenía él que ver con vuestras cosas? ¿Os juntáis con chicos de tres cursos inferiores? No lo creo. Te las apañaste muy bien para que eso no fuera un problema. Para que estuviera presente. Un anzuelo, supongo. Veo que tú has hecho mucho más que leer medio libro de Yago Blázquez. Sabes de estas cosas. Lo justo, al menos. Está aproximándose, Marina. La tienes a tres metros de ti.

Ella quiere mantener la calma. Sonríe de medio lado.

Vuelvo a mirar a lo que se acerca tras ella. Ya no tengo que alzar el mentón. Finalmente, Marina echa una mirada fugaz por encima de su hombro.

—Ahí no hay nada —escupe con desprecio, se diría que fuera la mayor tontería del planeta. Se quiere convencer de ello. A pesar de que tiene la carne de gallina y una gota de sudor se está formando en su sien.

—¿Querías hablar con ella? ¿Con qué objeto? ¿Qué le ibas a preguntar? Puede que quisieras saber cómo es el más allá. Menudo misterio, ¿eh? ¿Qué nos aguarda al otro lado? Una chica de clase con la que no tenías la menor vinculación. Querías hablar con ella, y con su hermanito presente había una posibilidad. ¿Morbo? ¿Es eso? Sí, todo se reduce a eso. No hay mayor motivación a tu edad para meterse en estas movidas. Pura y simplemente, morbo. ¿Te gustó cómo acabó? Aún no nos habéis explicado por qué estamos aquí. Porque desde la sesión de *ouija* sufres fenómenos extraños. Dime que no. Dime que no y no te creeré. Porque la invocación salió bien después de todo. No como tú te figuraste, ahí está el problema. Pasan cosas a tu alrededor que no tienen explicación. Viene ocurriendo desde antes de ayer. Convenciste a este idiota para que nos llamara a través de la aplicación porque eres tú la que necesita ayuda ahora. ¿Pensaste en algún momento que ese niño podría haber muerto mientras no paraba de sufrir espasmos en el suelo? No, porque si se piensan estas cosas una sola vez, y no hablo de hacerlo detenidamente, no se implica a un niño pequeño en algo tan peligroso, una sesión de...

—¡Fue usted —exclama—, se lo escuché decir a usted! ¡En aquel pódcast de *Tras el velo!* —Se derrumba sobre la mesita anexa de su asiento y se echa a llorar—. Usted habló de... establecer anclas y cebos para las comunicaciones...

La sangre se me enfría en las venas. Reconozco la jerga. El típico léxico que empleo en las entrevistas e intervenciones en radio y televisión. Parece que Marina ha debido de escuchar alguno de esos programas donde yo intervine cuando me tomaba más en serio la divulgación de estos temas. Y tomó nota.

Anclas, cebos..., terminología de investigación parapsicológica.

Un ancla es una manera de añadir un componente de cotidianidad a una experiencia supuestamente espiritual. En el ambiente de misticismo que se genera en una sesión de *ouija*, algo tan simple como un asistente por videollamada sirve de ancla. Ofrecerá objetividad a la experiencia. Un espectador que no interactúa. Puede estar presente en la sala, por supuesto, y mientras no toque el vaso o la *planchette*, funcionará igual. Así que la presencia del chiquillo de diez años en la sesión cumplía esa función.

Un cebo es un objeto personal del fallecido, o puede serlo el propio lugar donde se celebre la sesión, que ha sido muy importante en la vida pasada del difunto. O un ser querido, y así ocurre en esta ocasión. Cogote hizo de ancla y cebo al mismo tiempo.

—¿Cómo se llama? Porque no se llama Cogote, y me importa un bledo por qué le pusisteis ese apodo. ¿Cómo se llama el chico de diez años?

—Juan.

—Pues llamadle Juan, maldita sea. ¿Lo habéis oído? —Me giro de medio lado para dar la cara a los demás—. Llamadle por su nombre.

La chica valiente y orgullosa levanta el rostro, ahora anegado en lágrimas, y se pasa un clínex por la nariz procurando hacer el menor ruido posible. No creo que sus amigos la hayan visto en este estado jamás en la vida.

—¿Sigue detrás de mí? —me pregunta.

—Se ha quedado parada a solo un metro.

Marina se levanta de la silla con una rapidez sorprendente y corre hasta acercarse al umbral de la puerta del aula, poniendo al menos siete metros de distancia del fantasma, dispuesta a marcharse de aquí. Su amiga del alma la sigue. No me gustaría tener que usar otra orden mental para que Marina se quede.

Por suerte, se detiene ahí. Cierra la puerta y apoya la espalda contra ella. Se pasa la manga de su chaqueta fina por las mejillas y, en cuanto las ha secado, nos mira a todos.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—¿Ahora qué? —Meto las manos en los bolsillos y doy dos golpecitos en el suelo con la punta del pie—. Ahora me encargo yo.

—Querrás decir nosotros —me corrige César.

—No. Me hace falta intimidad. Contigo presente no saldría bien. Por favor, llévalos a su casa en el coche. Esto no va a durar mucho. —Doy una sonora palmada—. ¡Eh, chicos! ¡Escuchadme! En cuanto a lo ocurrido, se acabó. No volverá a pasar nada raro. Yo lo solucionaré. Y si no queréis volver a vivir fenómenos extraños, esta puerta permanecerá cerrada. ¿Me estáis escuchando? Si la abrís, entrarán. Siempre entran. Por tanto, tened cuidado desde hoy. Rompe el tablero, Rubén. Rómpele. No quiero volver a este pueblo por ningún caso relacionado con ninguno de vosotros. Así que dejad el espiritismo en paz. Excitaos con otras cosas, seguro que se os ocurre a vosotros solos. —Están a punto de obedecer y marcharse, no muy convencidos, cuando reparo en cierto pormenor—. Una cosa más: Rubén, necesitaré las llaves de este sitio. Voy a quedarme solo y tendré que cerrar cuando salga. Y no pienso devolvértelas. Este chollo vuestro se acabó.

El muchacho me mira con una ceja enarcada, sopesando las consecuencias.

—No me obligues a obligarte, chaval.

Hurga con violencia en su bolsillo del pantalón y me lanza el manajo de llaves a los pies en lugar de a las manos. Un último arrebato de insolencia. Se lo tendré que perdonar, qué remedio.

César es el último en marcharse.

—¿Estás seguro de que no puedo quedarme?

—Sí.

—Yo pensé que...

—Por favor.

—Está bien —y se pierde por el pasillo—; el chófer, el criado, el *sidekick*, ese soy yo. No sirvo para mucho más.

Y sigue farfullando mientras se aleja.

Me doy la vuelta y encaro al fantasma.

—¿Te importa si hablamos ahora tú y yo?

La chica apoya la muñeca en el vientre. La aprieta allí y con la otra mano se cubre el antebrazo.

—¿Cómo puedes verme? Nadie lo hace.

Desde su posición, intenta mirar a través de una ventana al exterior. Seguramente buscando con la mirada a Marina.

—Ya no estarás pegada a esa chica —le informo—. En todo caso, te quedarías pegada a mí. Y vamos a intentar que eso tampoco suceda.

Los pies del espíritu desaparecen un poco en el suelo. Da la sensación de que fuera a descender hasta la planta inferior. Tuerce un poco la cabeza y me mira de arriba abajo. Le sonrío con sinceridad. Algunos fantasmas se asemejan a animalillos, curiosos e ingenuos. La joven difunta da un paso hacia atrás, saliendo del ligero hundimiento de sus pies en la sólida materia.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Eres tú quien ha de dar el paso siguiente. No estás ni aquí ni allí. Estás entre mundos, que es el equivalente a no estar. Deberías pasar al siguiente nivel, así ocurre en los videojuegos. No es bueno quedarse todo el tiempo en la pantalla de carga. Yo te puedo inspirar, puedo decirte cómo asumir que... este sitio ya no es para ti. De algún modo, era lo que querías.

—Yo creía que no había nada.

—Pues ya ves.

—Dicen que los suicidas van a un purgato...

—No te creas nada. Qué sabrá la gente que afirma esas cosas, si nunca se han muerto. Supercherías. No sé, puede que no te devuelvan la fianza del alquiler, si acaso. Lo cierto es que no tengo ni idea.

—¿Lo que viene ahora es malo?

—No lo sé, ya te lo he dicho. No lo creo.

—¿Y si no quiero ir?

—Te va a dar igual. Irás. Tienes que ir. Y todo el tiempo que pases por aquí, entre planos existenciales, vas a ser infeliz.

Escúchame —digo, encorvándome un poco para ponerme a su altura—, diste un paso que no debiste dar. Ahora tienes que dar un paso que sí te conviene.

—¿No vas a preguntar por qué lo hice?

—No. No es asunto mío. No me corresponde juzgar a nadie. Estoy convencido de que las personas que te debieron escuchar, y no lo hicieron, querrían saber por qué las dejaste. Eso ya no solucionará nada, pero lo querrían saber de todas maneras. —Me doy cuenta de que ahora mismo no hay ninguna herida en la muñeca. La chica emite un aura diferente, casi parece viva. Su piel es de color de piel—. Yo escucharía cualquier cosa que quisieras contarme, si bien no me interesa por qué tomaste esa última determinación. Es de lo único de lo que no quiero hablar. Me interesa la vida mucho más que la muerte.

—Vale —dice ella.

—Vale —digo yo.

Compartimos un par de segundos en los que no pasa nada. Y eso, a veces, está muy bien. La gente tendría que valorar más esas quietudes de la vida.

—Y —prosigue diciendo la chica—, ¿ya está?

—Creo que sí. ¿Qué más querías, una ceremonia?

La chica me sonríe.

—Me llamo Sahara.

—¿Sahara? ¿En serio?

—No Sáhara, sino Sahara.

—Entonces, lo he dicho bien, ¿no? Es precioso. No se me habría ocurrido llamar así a un bebé ni en mil años. Sahara. Tenías un nombre estupendo. Lástima. Es más estupendo que llamarse Katniss o Daenerys.

Ella se ríe sonoramente, con un desparpajo que me asombra en la chica apocada que era hasta hace un minuto.

—Sí, sin duda. A mí no me molaba mucho al principio. Luego sí. —Una luz interior empieza a cobrar fuerza dentro de la simulación etérea de su cuerpo. Está trascendiendo, marchándose—. Así que a esto te dedicas —dice—. Ayudas a la gente.

—Y castigo a los malos. A veces.

—¿También?

—Ya lo creo.

—Yo... Estoy haciendo algo. Es el paso bueno, me parece que lo estoy dando. Me siento... Es...

—Cuidate, Sahara.

Y esa extraña luminiscencia se apaga y se lleva a la joven quién sabe adónde. Como la imagen de un televisor antiguo cuando se apaga. El aula vuelve a su deprimente aspecto habitual. Estoy completamente solo.

Sí. Me dedico a esto. Este cometido mío tiene sus pegas, desde luego que sí, aunque pagaría dinero por estos momentos. Supongo que es lo más parecido a ser matrona y ayudar a traer personas a este mundo. En el hotel de la vida debería haber alguien que te reciba al entrar y que te despida cuando te marchas.

No siempre es todo tan bonito.